



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 22.

JUEVES 28 DE JULIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA UN AÑO 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

FLORICULTURA: La rosa, por Augusto Jeréz Perchet.—LA SOMBRA DEL DIABLO. (Conclusion), por Francisco de P. Entrala.—UNA HISTORIA VULGAR, por José Gonzalez de Tejada.—EL LOCO, por Francisco de P. Entrala.—DE MI CARTERA, por Cecilio Navarro.—FANTASIA: En la cartera de Isidoro Fourrat, por Enrique de Villarroya.

FLORICULTURA.

LA ROSA.

El bosque es un ave. La primavera, una flor.

El ave es el ruiseñor. La flor es la rosa.

El bosque tiene suspiros. La primavera, sonrisas.

Suspiro es el canto. Sonrisa es la rosa.

El mas gracioso adorno de una mujer es la rosa.

Una boca risueña, unas mejillas suaves, se comparan á la rosa.

La rosa es el símbolo de la hermosura y la espresion de los placeres. Las espinas son los engaños.

La idea de una rosa trae consigo multitud de imágenes. A la mañana os la figurais bañada en gotas de rocío, que tiemblan como líquidos diamantes suspendidos de las hojas. Mas tarde la veis en todo su esplendor; mecida por los céfiros y acariciada por las mariposas. Luego la encontrais pálida y mística, perdido su aroma y marchita su belleza.

Hé aquí el retrato de la existencia, que nos hace esclamar con uno de los clásicos españoles:

—¿Qué es nuestra vida, mas que un breve día dó apenas nace el sol cuando se pierde en las tinieblas de la noche fria?—

La rosa es la flor de todos los siglos y de todos los países. El capricho de la moda, jamás ha tratado de arrancarle su trono. Es reina de las flores, pues ninguna reúne los encantos que la adornan.

Su blando perfume que no tiene rival; su dulce tinte; la perfecta configuracion de sus pétalos; la armonía de sus botones, le dan un conjunto de gracias que no se encuentran en las demás flores.

Las ciudades de Alejandría y Jericó son célebres por sus rosas.

En la Biblia se hace frecuente mencion de la rosa.

La Iglesia llama á la Virgen *rosa mística*.

San Basilio asegura que en el principio del mundo las rosas no tenían espinas.

Santa Rosa recibió de su madre este nombre, en vez del suyo Isabel, por el color suave de su rostro.

Durante la Cuaresma habia en Roma un domingo, *Dominica in rosa*, en que el papa bendecía una flor de esta clase.

Los latinos, españoles, portugueses y rusos, la llaman *rosa*; los suecos *ros*; los franceses, ingleses y alemanes *rose*; los holandeses *roos*; los polacos *roza*; los árabes *rod*.

En el lenguaje de las flores tiene significaciones particulares: si es blanca representa *sigilo*; blanca en capullo, *inocencia*; de cien hojas, *gracia*; pajiza, *desden*.

Las fábulas de las mitologías se ocupan de ella. Segun un poeta, el color de la rosa era blanco; pero habiéndose herido Vénus con una espina de rosál, la sangre al caer en las hojas les comunicó su tinte encarnado.

Los antiguos bardos griegos y latinos le dedican gran número de composiciones.

Ausonio dice en su idilio á las rosas.

Collige virgo rosas, dum flos novus, et nova pubes, et memor esto ævum sic properare tuum.

En la primitiva Grecia, las jóvenes cortaban rosas que ofrecían como premio, al vencedor

en los juegos guerreros.—Sustituidas estas luchas por los certámenes literarios, siguióse observando la misma costumbre, de donde nacieron los *juegos florales*.

En 1322 se fundó la Academia de juegos florales de Tolosa (Francia), siendo uno de los premios á las poesías, una rosa de oro ó de plata.

La rosa es igualmente célebre en la historia. Asi, vemos la rosa blanca y la rosa encarnada, como divisas de las casas inglesas de York y Lancastre, en las pretensiones al trono, desde el año 1450 á 1485.

La heráldica la adopta entre sus emblemas.

Mr. Sauval habla de la *ceremonia de las rosas* que tenia lugar en tiempo del parlamento francés.

En la mayor parte de las poesías orientales se alude á la rosa. El árabe Ebni'l-Motezz, le dedica estos versos.

La efusion de las nubes
el tierno vergel riega;
á su impulso la rosa
sacude el sueño, y muestra
su faz cual rubí ardiente
sobre esmeralda tersa,
que encima por adorno
un ramo de oro lleva.

El escritor turco Misihi, en su composicion á la primavera, dice asi:

Los rosales al aire,
cuando su olor derraman,
de tal modo embalsaman
que, aun antes que el rocío
toque la tierra ansiosa,
se vuelve agua de rosa.

En casi todas las *Gazelas* persas, se habla de la rosa. El inmortal Hafiz en su *divan* la cita con frecuencia, y escribe de esta manera:

No el pomposo ornamento
admires de la rosa;

ni á su color preciosa
tanta alabanza des:
que en un instante el viento
su veste hoja por hoja,
deshace, esparce, arroja
con mofa á nuestros pies.

Espronceda la describe en los términos siguientes:

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda y puesta sobre el tallo erguido
fragancia esparce la naciente rosa.

Esta flor es asimismo objeto de infinitas comparaciones en nuestros cantos populares.

La rosa se ha cultivado desde la mas remota antigüedad.

Es una de las flores que menos cuidados necesita y la que mejor se adapta á toda clase de terrenos.

Mejoradas las rosas silvestres, han dado lugar á las variedades que hoy conocemos.

El perfeccionamiento de las especies primitivas, limitábase en su origen á la forma y al color; pero mas adelante una nueva mejora vino á completar los adelantos obtenidos, cual fue prolongar la vida de estas flores, en un principio débil y corta, y demasiado sensible á los ardores del sol y á la humedad de la lluvia.

Se logró tener rosas en toda la primavera, y por último, las hay que se suceden durante los meses del verano.

La tierra para rosales debe ser franca, ligera y algo fresca; aunque pueden, sin embargo, florecer en un suelo fuerte y aun pedregoso. Anualmente necesita el terreno una vuelta de arado y un abono cada dos años.

El paraje mas á propósito es aquel en que las rosas están oreadas; evitando la excesiva proximidad de los árboles, que impida la libre circulación del aire.

Los rosales se cultivan solos, ó ingertos en rosal silvestre. En los países donde los inviernos sean crudos, al empezar el frío se circundan los rosales con tierra, pero no del pie de los tallos; de este modo queda al abrigo la parte enterrada, y si el rigor de la estación destroza los tallos espuestos al aire, se cortan en el mes de marzo y á poco brotan del cuello otros botones ó renuevos, que reemplazan á las ramas inútiles.

Igual método que para los árboles en general, se sigue para los rosales en cuanto á los ingertos (1). Mas cualquiera que estos sean, hay que observar las mismas precauciones, á saber: cortar las ramas á la altura de 8 ó 10 centímetros sobre la abertura hecha en la madera cuando dicha abertura empieza á desenvolverse, y poner varillas á los renuevos jóvenes para que los vientos no los rompan.

Los rosales se podan á principios de marzo, suprimiendo las ramas enfermas ó que pueden ser sustituidas por otras mejores.

Los granos se recogen cuando los frutos llegan á su perfecta madurez. En seguida se siembran en barreños ó arriates cerca de las paredes, cubriendo la semilla mientras dura el invierno. También se puede sembrar en la primavera, pero es preciso antes remojar los granos en agua por espacio de veinte y cuatro horas. La profundidad para enterrarlos, es de 10 á 15 milímetros. Unos nacen en la primavera y otros al año siguiente.

Los principales insectos que perjudican á los rosales, son las pequeñas orugas y los pulgones.

Las orugas anidan en la trompetilla de las rosas. Es fácil conocer su existencia, porque las flores invadidas tienen las hojas arrolladas. Se destruyen estos insectos aplastándolos con la mano.

Para cazar los pulgones basta el humo del tabaco.

No siendo posible citar todas las variedades

(1) No tratamos aquí de los ingertos, porque son objeto de otro artículo.

de rosas conocidas en la actualidad, puesto que su número aumenta cada día, nos limitaremos á las principales (1).

Rosales Thé (*Rosa indica*; *Rosa fragans*.)

Las flores de esta seccion, son en su mayor parte, de estructura débil; de ramas largas y finas, encorvadas hácia afuera; poco espinosas; de corteza lisa y hojas brillantes. Las rosas, de tintes variados, si bien ofrecen con mas frecuencia el color pálido, blanquecino ó amarilento y pocas veces rojo. Exhalan un ligero olor de té. Casi siempre están aisladas en el extremo de los tallos. El ovario ó tubo del cáliz es corto y redondo.

Rosales de Bengala (*Rosa Bengalensis*.)

Podemos considerar esta especie dividida en dos grupos. El primero, semejante á la seccion que precede, pero mas vigoroso; de corteza lisa; ramas poco espinosas, largas, delgadas y de una flor; color rojo; casi nunca blanco; escaso aroma; el tubo del cáliz redondeado.

El segundo grupo se distingue en tener los tallos, hojas y flores mas pequeños.

Rosales de la isla de Borbon (*Rosa Borbonica*.)

Se dividen en dos secciones. La primera es de flores vigorosas; ramas cortas y mas gruesas que las de las rosas Thé y Bengala, terminadas en una sola flor; corteza muy lisa; espinas pequeñas, fuertes, ensanchadas en la base y encorvadas en su estremidad; el tubo del cáliz redondeado, y por lo comun hinchado y corto.

La segunda seccion se compone de rosas híbridas (2) de nueva flor (3), que se consideran como variedad de las de la isla de Borbon. Vegetan horizontalmente; las ramas son cortas y delgadas; madera dura; espinas aplanadas y agudas.

Rosales de cuatro estaciones.

Sus caracteres son: ramas derechas, erizadas de espinas numerosas, finas y desiguales; flores solitarias y muy olorosas.

Rosales avellana.

Se dividen en dos grupos de iguales caracteres, que son: flores vigorosas; ramas gruesas, encorvadas hácia afuera y mas espinosas que en los rosales de Bengala; el tubo del cáliz redondeado.

Rosales de una flor (4).

Constan de dos secciones que se distinguen por la diversidad de procedencia. Ambas tienen las flores reunidas en el extremo de las ramas. Dichas flores son pequeñas y conservan las hojas bastante tiempo después de empezar el invierno; pero no pueden ser consideradas como persistentes.

Rosales de pequeñas hojas (*Rosa Microphylla*.)

Sus ramas tienen la base erizada de espinas. El cáliz, ensanchado á manera de copa, cubierto de puntos, y en su fondo están agrupados los frutos.

Como variedades de la rosa, debemos enumerar las flores siguientes:

Rosa de la China (*Hibiscus rosa Sinensis*.)

Arbusto de 70 centímetros á 1 metro 60 centímetros; de hojas ovales terminadas en punta, dentadas por la cúspide; flor casi todo el año. Ofrece variedades de grandes flores rojas, sencillas y dobles; blancas y aurora, dobles y amarillas dobles.

La multiplicacion de las ramas se consigue colocando las plantas en invernaderos templados.

(1) Para mas detalles véase el *Almanach du bon jardinier*, año 1865, tomo II.

(2) Híbridas (*Hybridus*) son las plantas producidas por la reunion de dos especies de un mismo género, y á veces de dos especies de distinto género.

(3) Adoptamos este nombre por creerlo el mas exacto, para indicar las rosas que vuelven á florecer pasada la primavera.

(4) Los que solo florecen en la primavera.

Rosa de Damasco, de mar ó de Ultramar (*Althæa arosea*.)

Procedente de Siria. El tallo es de 2 á 3 metros; las hojas anchas y redondeadas. En julio y setiembre da flores grandes, sencillas ó dobles, cuyo color varía entre el blanco limpio, el amarillo oscuro y el carmesí. Necesita tierra franca, ligera y sustanciosa. La multiplicacion tiene lugar anualmente ó cada dos años, desde julio á agosto, en tierra llena, bien situada y ligera. Se trasplanta de setiembre á octubre.

Rosa del cielo (*Viscaria Cœlirosa*)

Planta ánua del Levante. De tallos fondosos; hojas largas, estrechas, de bordes paralelos y en forma de lanza (1). En julio presenta numerosas flores de color sonrosado, que varía desde el blanco al rosa vivo.

Rosa de la India (*Tagetes erecta*.)

De Méjico: es ánua; de tallo recto y elevado; hojas en forma de pluma, de color verde oscuro, señaladas con puntos casi transparentes.

Rosa del Japon (*Hydrangea Hortensia*.)

Arbusto de 1 á 3 metros. De hojas grandes, ovaladas, persistentes ó caducas, segun el rigor del invierno. Desde junio á noviembre da flores de color rosa purpurino, que varía del azul puro al violado y al blanco sucio. Se cultiva en tierra fresca, que debe renovarse una vez cada año, cuidando de regarla bastante en la primavera.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

(CONCLUSION.)

La tenue y confusa luz de la alborada despertó al mendigo que dominado por las fatigas y el silencio se habia dormido á su pesar.

—¡Jaa! gruñó desperezándose y estremeciéndose y pasándose la mano por los ojos! ¿eh? ¿qué hora tendremos?... ¡canario y qué gris corre!... pero calla... está todavía...

—¡Ah! qué frío... ¿ha salido? ¿lo viste?... —¡Vamos! que no has echado mal sueño cotorra.

—Mas valiera que mientras te ocupas de lo que no te importa, hubieses marchado en busca de algunas estacas y...

—Bástame con la que llevo para zurrarte.

—¡Mal hombre! no te se ocurre que me estoy helando... ¡oh! y para esto hemos venido á Madrid...

—Calla.

—No, no callo; porque una cosa es hacer un sacrificio por obtener recompensa y otra tener hambre y pasar frío, y dormir sobre piedras, sin un ser que me proporcione pan, lecho, lumbre...

—Te alumbraré cuanto quieras...

—¡Oh! no me tratabas así cuando vivíamos en la casa del americano; pero despues me viste pobre, enferma, impedida...

—Mientes, que mal podía verte quien por el mismo tiempo se encontraba de patitas en presidio.

—¿Y me negarás que te lo escribí?... —No, eso no.

—¡Ah!

—Pero haces mal en quejarte; porque las mismas calamidades y miserias hemos padecido desde entonces con la esperanza de resarcirnos algun dia.

—Y ese dia no llegará nunca.

—Acaso estemos en él.

—¡Ojalá!...

—Se me ocurre una idea; hasta ahora en cuantos negocios hemos hecho, tú has sido la cabeza y yo el instrumento, pero tiempo es ya de que se truequen los papeles...

—Habla.

—Sobradamente conoces cuantas tentativas

(1) A esta figura se da el nombre *linearis-lanceolatus*.

hicimos para desprendernos de Alberto y la protección de que le hizo objeto la fortuna. Yo, la verdad, ni he sentido ni siento deseos de darle muerte para apoderarme de los tesoros que á juzgar por las apariencias debe disfrutar. Si esto puede conseguirse, ¿qué me importa su vida? Entonces las circunstancias eran otras y un crimen perpetrado en el misterio, aseguraba nuestra subsistencia para siempre. Hoy no podríamos llevarlo á cabo, sin esponernos á los rigores de la justicia á no ser que se verificase como teníamos pensado en otro tiempo. Para ello lo mejor es, que te presentes ante él.

—Yo.

—Tú.

—Eso es imposible.

—Todo lo contrario, ¿quién te impide llegar al palacio? ¿Hacerte conducir á sus habitaciones, decirle quién eres y hacer que se apiade de tu desgracia? Has sido su aya, le has tenido en tus brazos y la hipocresía es la poderosa palanca de nuestro siglo. Unas cuantas lágrimas á tiempo y unas cuantas palabras estudiadas, llevarán á su ánimo el convencimiento de tu arrepentimiento y tu situación. Después... me facilitarás la entrada... le sorprenderé á media noche... nos apoderamos de cuanto posee y el negocio es redondo...

La mujer que había estado escuchando silenciosamente la plática de su compañero, se sonrió al fin, le miró con alegría y dijo como quien siente la próxima realización de una esperanza.

—¿Es verdad!... es verdad... ¿pero cuándo?

—¿Cuándo? dentro de dos horas á lo mas... le dirás que tu cariño te ha hecho recorrer el mundo hasta encontrarle... que lo amas como á un hijo... y si á pesar de esto no se ablanda, le recordarás á su padre...

—Sí... sí... lo haré...

—No hay inconveniente en que le digas por quién hemos averiguado su paradero, caso de que te lo preguntase.

—Entonces... yo estaré en el palacio y si consigo quedarme, mientras me entero de cuanto pueda interesarnos, tú le esperas, y le sigues todos los días á todas partes...

—¡Oh! creo que ha llegado el momento de nuestra felicidad.

Dos horas después la mujer, espiada por el mendigo, se dirigía al palacio de Martínez.

Un lacayo acababa de abrir la puerta principal del edificio.

La vieja llegó pausadamente hasta él y dijo:

—¿Don Alberto Martínez?

—Esta no es hora de pedir limosna, contestó bruscamente el lacayo.

El aya de Alberto se estremeció de cólera, y recordando el importante papel que le estaba reservado, contestó con altanería.

—¿Desde cuándo se atreven los lacayos á interpretar los sentimientos ó las intenciones de una señora?

—¿Señora!...

—¡Sí! ¡señora! le he dicho á usted que si está don Alberto y á eso es á lo que usted debe responder...

—Pues no está...

—¿Que no está?... ¡oh! pues no ha de estar... pásele usted recado inmediatamente ó de lo contrario yo le haré á usted saber quién soy...

—Es que...

—¡Insolente!... deslenguado... pillito... exclamó la vieja enfurecida.

El mayordomo acudió á las voces.

—¿Qué ocurre? preguntó al lacayo.

—¿Qué ha de ocurrir? dijo aquella, que este hombre es un descortés, un grosero, y...

—Señora...

—Deseo ver á mi hijo adoptivo... á mi querido Alberto...

El mayordomo, al oír aquello, dió un salto sobre sus talones y miró á la vieja con estupefacción.

—¿Su hijo dice usted! exclamó...

—Es lo mismo, porque le he educado, le he

tenido en mis brazos y no he amado á nadie sino á él.

—Pero usted... usted se llama... además desde que mi señor le salvó de la muerte, nadie le ha reclamado...

La vieja que sabía la historia por el mendigo, continuó sin vacilar.

—¡Ah! ¡luego su señor de usted fué el salvador de que me hablaron!

—¿Quién?

—¡Oh! no retrase usted con sus preguntas el ansiado momento de abrazarle... conduzca-me usted á sus habitaciones...

El mayordomo, mas sorprendido que penetrado del asunto, obedeció maquinalmente á la recién llegada, y la llevó hasta la habitación de Alberto, que envuelto en una elegante bata de seda, se acababa de levantar.

—¡Hijo mío! exclamó la miserable mujer corriendo á estrecharle entre sus brazos, con no poca sorpresa de Alberto que ignoraba completamente lo ocurrido.

—Pero... señora... ¿qué es esto? dijo... sonriendo... cualquier beneficio que durante mi vida haya podido hacerle, no la obliga á semejante prueba de gratitud.

—¿Pues qué, ingrato, no me conoces ya?...

—No recuerdo haberla visto jamás.

—¡Oh! así sois todos...

—Y me tutea, balbuceó Alberto con asombro.

—Dice, exclamó humildemente el mayordomo, que es... que es...

—¿Quién? dijo Alberto que en aquel instante esperaba recordar las facciones de la vieja, como las visiones de una terrible pesadilla...

—Su... su...

El mayordomo no se atrevía á continuar.

—Habla...

—Pues señorito, dice que es su madre de usted.

—¡Mi madre! exclamó Martínez palideciendo, ¡qué horror... esta mujer está loca!...

—No, no estoy loca... he dicho tu madre adoptiva, porque he sido tu aya.

Alberto quedó como petrificado y en su corazón resonaron las palabras de *mátale, mátale*, que en la casa de su padre había escuchado otra vez.

—¡Oh! sí, sí... dijo encolerizado... usted es la misma que me espuso á los rigores del *hombre negro*.

—¡Yo!... yo que te he educado...

—¡Basta!... echadla de mi palacio para siempre.

—¡Oh! ¡ingrato!... ¡te has olvidado de los cuidados que tu desventurado padre me debía!... ¡de que yo cerré sus párpados y de que como tú he sido víctima del *hombre negro*, porque pretendió arrancarme las riquezas que conservaba para ti!

La vieja creyó que era llegado el momento de las lágrimas y lloró.

Alberto vaciló en un principio, pero se enterneció después.

—¿Cuánto he sufrido, dijo aquella, por encontrarte!...

En seguida empezaron las explicaciones, las dudas, las reticencias y los razonamientos, concluyendo Alberto por sucumbir á la voluntad de la vieja.

Esta se encontró desde aquel momento instalada en el palacio como deseaba, donde pensaba dar cima á los diabólicos planes del mendigo que era el *hombre negro*, como habrá comprendido el lector.

XXVI.

Corrieron los días y no pasó uno sin que Alberto visitase á Adela, procurando estrechar mas y mas sus relaciones con el conde.

El palacio de éste tenía ante la fachada principal un pequeño y pintoresco jardín poblado de árboles y flores y rodeado por una elegante verja de hierro.

Una noche en que la pálida luna esparcía sobre él sus trémulos rayos, Adela apareció bajo sus glorietas y un caballero elegantemente vestido, se aproximó á la verja...

—Adela, murmuró con voz dulce...

La jóven se aproximó lentamente hasta el sitio en que la voz había sonado y exhaló un tierno suspiro...

—¡Alberto! dijo estrechando la mano que el jóven la tendió.

—¡Adela mía! ¿has esperado mucho?...

—No... pero me parecían siglos los instantes que pasaba lejos de tí...

—Pronto nos uniremos y quedará realizado el bien á que aspiro constantemente.

El autor cree oportuno suprimir el resto del diálogo, que como todos los amorosos, participa de cierto romanticismo y cierta puerilidad natural, limitándose á manifestar que Alberto se hallaba enamorado de Adela desde *los pies á la cabeza* y que á Adela no le pasaba *de los dientes* aquel repentino amor. Su padre, que como la mayor parte de los hombres ennegados en el vicio, deseaba, para consagrarse á éste en cuerpo y alma, romper los vínculos que á su familia le unían, trataba á su hija, mas que con desden con dureza, y uno y otro aunque por causas diferentes deseaban separarse para siempre. Ella por dar rienda á su carácter veleidoso y altanero; por ser árbitra de su voluntad y de su casa y por gozar del mundo y de los placeres que éste pudiera ofrecerle bajo la tutela de un marido benévolo y considerado; él porque había vislumbrado en Alberto las condiciones que para su hija deseaba. Lo cierto es que el amor de Martínez hacia Adela, fue en grado ascendente como todos los amores, y que el matrimonio quedó por último aplazado. La madre de Adela que era una *santa* y una víctima, por consiguiente, había conocido á Margarita, de quien no se había olvidado el lector por ciertas razones que no son de este lugar, y sabido que era llegado el enlace de su hija, no sin disgusto propio, creyó oportuno favorecer decorosamente á la madre de Carlota dándole trabajo.

Escusado es decir que esto se verificó, pues el lector recordará que en uno de los pasados capítulos dejamos á Carlota y Margarita en el momento de dirigirse á cierto palacio donde se celebraba una *boda*... ambas llegaron efectivamente y un lacayo elegantemente vestido y groseramente educado, las condujo al tocador de Adela, con quien se hallaba su madre á la sazón... Los magníficos espejos y candelabros que en él resplandecían, ofuscaron á Carlota no acostumbrada desde su infancia á aquel torrente de luz y á aquella profusión de lujo, de grandeza, de ostentación. Margarita pasó con miedo acompañada de su hija y presentó á la condesa su trabajo.

Carlota fijó instintivamente su mirada en un elegante canastillo cubierto de gasas, que se hallaba colocado sobre uno de los divanes de la estancia, y su curiosidad la hizo leer el nombre de una tarjeta puesta sobre aquel.

—Vea usted los regalos del novio, decía al propio tiempo la condesa dirigiéndose á Margarita interin le señalaba el canastillo...

—Alberto Martínez, repetía Carlota fuera de sí.

Margarita leyó este mismo nombre: miró á su hija que palideció por momentos y reprimió un gesto de sorpresa...

Al mismo tiempo se oyeron pasos en el inmediato gabinete.

—¡Ya está aquí!... dijo Adela levantando el pórtier de la estancia.

Alberto apareció en ésta, pálido, triste, pensativo, pero radiante de lujo y de elegancia.

—¿Da usted su permiso?

—Pase usted, pase usted.

Margarita, á quien los presentimientos recientes la hacían reconocer mas pronto la voz de Alberto, se oprimió el corazón con ambas manos y se dispuso á partir.

—¿Qué hace usted? le preguntó la condesa.

—Nada señora... nos marchamos y ya volveremos á ver á usted.

Margarita y Carlota salieron precipitadamente, no sin que Alberto se fijase en la segunda y dijese para su levita.

—Preciosa muchacha, juraría haberla visto otra vez.

XXVII.

Dos horas despues, Martinez se encontraba en compañía de Antonio Bazan.

—Es necesario, decíale éste, que te despidas honrosamente de tus amigos dándoles una orgía borrascosa... Vas á perder tu libertad, á despedirte para siempre del mundo, y ese mundo te exige una última prueba de tu generosidad.

—Déjame Basan...

—¡Qué tonto eres!... ¿he de permitir que penetres en las tenebrosas cárceles del matrimonio sin despedirte de los que te hemos conducido por las sendas de los placeres y de la libertad?

Alberto guardó silencio, pero á las pocas horas se hallaba en union de seis ú ocho de sus amigos, entre los que se contaba Bazan, en una de las fondas mas concurridas de Madrid.

Todos juraron, brindaron, bebieron y comieron á su sabor.

Las horas pasaban insensiblemente para ellos y ya iban estinguiéndose las luces entre aquella atmósfera enrarecida por los vapores del vino que bullia en todas las cabezas, cuando uno de los concurrentes se levantó á brindar por Alberto.

—Brindo, dijo, por la vida del *rey de los libertinos*, como brindaria por la muerte de la que nos lo roba.

—¡Luis! gritó Alberto fuera de sí.

—Lo dicho... esa mujer busca tu dinero, pero no tu amor.

Los demás empezaron á palidecer, porque conocian el carácter del llamado Luis.

—Repara que insultándola me insultas...

—Me sostengo en que es una coqueta... una...

—¡Oh! no puedo mas... ¡eres un infame!...

—Yo...

—Tú...

—¡Alberto!

—¡Luis!

—¡Se acabó! exclamó éste arrojando á la cabeza de su amigo una botella de Champagne.

Alberto, que habia parado el golpe, sacó de su bolsillo un revolver y se dispuso á disparar.

El llamado Luis, tiró rápidamente del esto-



LA SOMBRA DEL DIABLO.—Y ante ellos y los testigos el *Hombre negro*....

que, y ciego de ira se arrojó sobre Martinez que cayó herido á sus pies.

Los concurrentes lanzaron un grito de espanto y salieron precipitadamente de la fonda.

Bazan fue el primero en huir, y Alberto se encontró solo y moribundo.

El dueño de la fonda acudió al sitio de la catástrofe, pero Alberto se encontraba ya desvanecido.

Entonces gritó, se lamentó, llamó á los guardias y despues de largas declaraciones consiguió que se llevasen al herido.

Veamos, decia el comisario, si tiene tarjetas, cartas ó algo que nos dé razon de su persona.

—Pero esta diligencia fue inútil, y Alberto conducido al hospital.

XXVIII.

Adela esperaba al dia siguiente con ansiedad la llegada de Martinez.

Pero en vez de su llegada, recibió la noticia de su muerte concebida en los siguientes términos:

«Alberto Martinez ha tenido un duelo, que desgraciadamente le ha hecho morir: sus últimas palabras han sido para usted.»

»B.»

Adela se quedó inmóvil, pero fria é indiferente sin que sus ojos derramasen una lágrima.

—¡Pobrecillo, exclamó despues, yo hubiera hecho un buen negocio!

El conde entró en la habitacion y su hija le entregó la carta que por medio de un lacayo acababa de recibir.

—¡Oh! ¡qué miro! dijo leyéndola repetidas veces, ¡y mis veinte mil duros!... Señor, Señor, esto es horrible...

Acto seguido se lanzó á la calle con toda la velocidad que su situacion le prestaba; pero cuando llegó al palacio de Martinez, se encontró con que la noticia era cierta á juzgar por el lúgubre aspecto de los criados y el número de acreedores que con el rostro melancólico, alegre el alma, la cabeza inclinada y la vista fija en los cuadros y muebles del palacio ocupaban el salon principal.

Al propio tiempo en el inmediato se hallaba el juez y el escribano, y ante ellos y los testigos el *hombre negro* y el aya de Alberto, condenados por robo.

Aquel mismo dia ellos quedaron en el saladero, y el palacio, los muebles, alhajas, trenes y caballos fueron embargados por lo acreedores, entre los que se contaba el padre de Adela...

XXIX.

La noche estaba sombría.

La lluvia caia lenta pero tenazmente sobre las calles que se hallaban casi solitarias á pesar de no haber dado las nueve, y únicamente los carruajes corrian y se cruzaban sin cesar.

Carlota y su madre se hallaban en su humi de bohardilla, cuyas ventanas azotadas por la lluvia y por el viento, producian un ruido pavoroso y pertinaz.

Margarita estaba pálida como nunca.

Carlota triste, llorosa, pensativa.

—No seas tonta, hija mia, decíale aquella; Alberto no vivirá ó de vivir no poseerá bienes

algunos, puesto que conservamos íntegros los que su padre le dejó.

—¡Oh!... era él... no me cabe duda... la voz del primer amor no se olvida, ni el corazón se engaña jamás...

Margarita, á falta de razones para convencer á su hija, lloraba ó reprimía el llanto á riesgo de su salud.

Poco despues ambas dejaron el trabajo como la noche en que por vez primera las visitamos en Madrid, y se dispusieron á salir.

—¿Llueve mucho? preguntó Margarita.

—Mucho, repuso Carlota entreabriendo la ventana.

—Entonces si te parece... yo iré sola á entregar; tú estás resfriada y el agua te puede ser perjudicial.

—Al contrario, quiero salir contigo á toda costa, porque me ahoga la soledad.

La madre no insistió y ambas apagaron la luz, cerraron la puerta de su vivienda y bajaron los ciento y tantos escalones que las separaban de la calle.

Aun no habia recorrido de ella veinte pasos, cuando llamóles la atencion el extraño canto de un zapatero de viejo, que oculto tras el abigarrado kiosko de una portería, se ocupaba en batir una suela con el martillo.

—No es la primera vez que oigo esa cancion, dijo Margarita.

—La recuerdo, respondió Carlota, como los cantares de la niñez.

Y á pesar de su tristeza la curiosidad llevó la mas cerca del *filarmónico maestro*, y sus labios no pudieron reprimir una ligera sonrisa al observar, sus demacradas facciones, sus pesadas gafas montadas sobre el caballete de la nariz, y su rubia peluca, que dejando su frente al descubierto, dábale á su cabeza cierta semejanza con la de los Clonck.

Pero bien pronto separó su vista de aquel punto, para fijarse, como igualmente Margarita, en un hombre que dando tenaces gemidos, vacilante y apoyándose en la pared mas inmediata, se dirigia hácia aquel punto.



Perro lobo.

Al llegar frente á la puerta donde á la sazón se encontraba el zapatero, dió un ahogado grito y cayó de bruces sobre la acera.

—¡Dios mio! exclamó Margarita quedando sorprendida.

—¡Por vida de Mozart, añadió el maestro dirigiéndose á él para recogerle!

—¿Qué será? añadió Carlota aproximándose.

—Maldito si esperaba semejante golpe de *batuta*, dijo el maestro, yo sentí los *preludios* á cierta distancia, pero no contaba con este *rondó final*.

—¿Qué tiene usted? continuó dirigiéndose al paciente.

Un ¡ay! ténue, vago, apagado como el de un moribundo, se escapó de los labios del enfermo.

—¿No puede usted dar el *do*?... ¡el... caramba...

Aquel se levantó á duras penas y con la ayuda de los tres.

—Me mata la debilidad, dijo, con ahogada voz.

—¿Cómo se llama usted?

—Alberto... Mar...

El enfermo no pudo concluir, pero Carlota lanzó un grito y se apoyó en el hombro de su madre.

El maestro abrió desmesuradamente los ojos y la boca como quien se halla extraordinariamente sorprendido, y condujo á aquel hasta hacerle sentar en una de las sillas de la portería.

Carlota y Margarita le siguieron.

—¡Alberto! decia el maestro: de ese nombre conocí en cierta ocasion á un niño de cuya suerte no he vuelto á saber.

—¿Dónde? preguntó Margarita con ansiedad.

—En una casa llamada del americano.

—¿Cómo... usted... ah! ya recuerdo... dijo Margarita.

—Y yo tambien, exclamé el *artista*, usted es la misma que... ¡cielo santo!... yo soy...

—Sí, usted...

—Prudencio, *Plácido armonía*, para servir á Dios y á ustedes, primer músico del conservatorio *universal*, maestro de *obra prima* por la fuerza de las circunstancias, y...

—Jesus María... ¿y los ingleses?...

—Señora, bastantes tengo con los que me rodean para ocuparme de los que pasaron... pero observo que el enfermo está débil...

—¡Ay! repuso éste, como contestando á su propia conciencia; he sido un miserable y Dios me castiga.

—¿Pero de dónde viene usted?

—Del hospital, contestó Alberto tristemente.

—¿Tiene usted amigos?

—No existen... los placeres del mundo, las ilusiones que nos seducen, las mujeres que nos halagan, el amor con que nos brindan es mentira... solo mentira... hoy comprendo que la virtud, el honor, el cumplimiento de los deberes morales son la paz, la alegría, la felicidad...

Yo he olvidado el recuerdo de mi padre; la fe jurada á Carlota... la gratitud debida á mis salvadores, y no es extraño que me vea en la miseria á las puertas de la tumba...

—¿Y cómo se llamaba su padre de usted?...

—Pablo Martinez.

—¿Y dónde vivia?



COSTUMBRES DE QUITO.— Véase el núm. 8 de este año.

—En la casa del americano.

Carlota se deshacía en lágrimas, su corazón saltaba de su pecho, y sus ojos fijos en Alberto parecían absorber todos los sufrimientos de aquel alma.

Margarita hizo el último esfuerzo y continuó.

—¿Y se acuerda usted de Carlota?

—¡Ah! como nunca.

—¿Y de sus bienes?

—¿Qué me importarian sin ella?

Carlota lanzó un grito desgarrador; Margarita dijo cuanto era natural, y Alberto se encontró dueño de sus tesoros y del amor de su primer amor.

Don Prudencio se fué con ellos en calidad de mayordomo, y Alberto recobró con los cuidados de una esposa tierna y de una madre cariñosa, los que el mundo le había robado con sus falsos placeres, la salud del cuerpo, las felicidades del alma y la paz del corazón.

Feliz él que halló un casis salvador en su peregrinación sobre la tierra y que no sucumbió como otros muchos bajo la influencia del espíritu del mal.

FRANCISCO DE P. ESTRALA.

UNA HISTORIA VULGAR.

I.

Don Modesto era un maestro de escuela que tenía muy buen carácter de letra y de alma, y se tomaba mucho interés en los adelantos de sus discípulos. Pero don Modesto no era feliz, ó cuando menos no creía serlo.

Los niños son inquietos y revoltosos por naturaleza, y el pobre maestro agotaba en vano los recursos que su imaginación le proporcionaba para hacer que el uno pusiese mas cuidado en las mayúsculas, ó para obligar al otro á introducirse en la cabeza las definiciones del verbo y del pronombre.

No necesito ponderar con cuánta impaciencia esperaba don Modesto la llegada del domingo. Si las vacaciones hacían la felicidad de los alumnos, no menos hacían la del maestro. ¡Ya se ve, los domingos libres de escuela se divertía tanto don Modesto! como que por la mañana partía piñones en el Campo del Moro; al medio día le daba la patrona principio extraordinario, y por la noche iba al teatro de la Zarzuela.

Pero en medio de su aburrimiento y sus trabajos, de nada se acordaba tanto don Modesto como de los placeres campestres. Había estado un verano en Getafe durante quince días, y entonces vió las eras y aprendió el modo de criar gallinas.

«Dejemos pues la escuela, se dijo para el cuello de su gaban, que no era muy de moda por mas señas, y váyanse lo chiquillos á dar que hacer á otro que no los conozca.»

Dicho y hecho: á los ocho días estaba tras-pasado el infantil establecimiento, y su antiguo director se paseaba con chaqueta parda y hongo de alas anchas por los alrededores de un pueblo cuyo nombre no hace al caso.

II.

Don Modesto tenía un jaco tordo, un corral con muchas gallinas y sus gallos correspondientes y algunas fanegas de tierra de labranza; y con todos estos utensilios, figúrense ustedes si se divertiría la primera semana.

Pero llegó la segunda, y la tercera, y la cuarta; y unas veces se le morían las gallinas, otras se pasaban el tiempo cacaraeando y sin poner huevos; ahora llovía mas de lo que se necesitaba; luego no caía una gota de agua de las nubes ni para un remedio; siempre, en fin, había motivos de sobra para rabiarse y desesperarse.

III.

Por entretener el tiempo ocurriósele á nuestro héroe buscar novia. Hizo el amor á varias muchachas, y entre otros diversos placeres

producidos por este recreo, encontróse una noche con la siguiente sorpresa.

Retirábase á su casa á eso de las ocho y media, después de haber jugado al tresillo con el cura y el boticario, cuando una sombra que llevaba un garrote en la mano salió corriendo á su encuentro. La sombra pertenecía al cuerpo de un amante desdeñado, y escuso decir á ustedes que don Modesto volvió á su casa cansado de dar gritos pidiendo socorro en balde, y con una carga de leña en las costillas.

IV.

Estamos en la luna de miel: es decir, lo está don Modesto. ¡Qué mujer ha encontrado! Joven, bonita, rica, y tan inocente y amable como una paloma.

El afortunado novio vino á Madrid, gastó un capital en sedas y similor para la futura, y pasó tres semanas con el corazón henchido de amor, y sin pensar mas que en su boda.

Ya tenemos casado al ex-maestro, como dije antes: ¡ay! si yo hubiera sabido hace algunos años lo que era el estado del matrimonio, decíase á sí mismo, hubiérame ahorrado no pocos disgustos é incomodidades.

En efecto: el nuevo marido amaba á su mujer con toda su alma; ella le pagaba en la misma moneda, y el suegro y la suegra desvelábanse como si fueran sus verdaderos padres por complacerle en todos sus caprichos.

V.

—Pero en este lugar no puedo obsequiarte y colmar tu existencia de diversiones como yo quisiera, bien mio, decía una mañana don Modesto á su mujer.

—Estando á tu lado, no necesito mas para ser dichosa, contestóle ella.

—Sin embargo, en Madrid hay teatros y paseos y otras diversiones. Vámonos, pues á la corte, que tú no has nacido para estar encerrada en una aldea.

Viniéronse por consiguiente ambos cónyuges á Madrid dos días después de este coloquio, y don Modesto vió cumplido su sueño dorado de comer, pasearse y no trabajar. ¡Qué vida tan feliz la suya en esta temporada!

VI.

¡Ay! un matrimonio sin hijos es un día sin sol. Si yo tuviera uno tan solo, pensaban á un tiempo don Modesto y su mujer, nada faltaba para mi dicha. Un niño ó niña, que para el caso es igual, nos divertiría con sus inocentes caricias, y hasta sería un nuevo vínculo que aumentara nuestro cariño.

Un hijo nos haría pensar en su educación, en su porvenir. ¡Es tan sosa la vida cuando uno no tiene en qué ocuparse!

Debo advertir, sin embargo, que don Modesto hubiera querido que el primer fruto de su amor fuese un niño; mientras su esposa, por el contrario, esperaba impacientemente una hija.

VII.

En Madrid no escasean las pulmonías. La mujer de don Modesto cogió una, no se sabe dónde, y en un par de días se halló á las puertas de la tumba. Cuatro médicos, dos de ellos homeópatas y otros dos alópatas, acabaron de abrísela de par en par, y antes de cumplirse una semana, la pobre señora descansaba para siempre en el cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés.

Don Modesto se quedó por lo tanto sin su mujer y sin el dinero de esta. Puedo asegurar á ustedes bajo mi palabra, que durante los tres primeros meses lo que únicamente echó de menos fue su mujer. Mas tarde se acordó de ella y también del dinero.

VIII.

Ya tenemos viudo y pobre á don Modesto. Cuando el dolor producido por la pérdida de su compañera, le dejó pensar en algo, empezó á calcular en qué se ocuparía. La vida de labrador ya le era odiosa; la escuela ¡oh! ¡ja-

más! ¡ponerse otra vez á enseñar las letras y el modo de coger la pluma!

Mas de una noche se quedó sin dormir don Modesto consultando estas ideas con la almohada.

IX.

Si ustedes tienen hijos, llévenlos á la escuela de don Modesto. Nadie los educará con mayor cariño y con mas esmero.

Don Modesto dedica los días de trabajo á sus discípulos, destinando algunos momentos á rezar por el alma de su difunta compañera; los domingos parte piñones en el Campo del Moro por la mañana, y va al teatro de la Zarzuela por la noche, y siempre parece feliz, aunque su aspecto tiene algo de grave y melancólico.

¡Ay! es que don Modesto ha llegado á conocer que en el valle de lágrimas abundan estas mas que la risa, y hoy es dichoso porque ha encontrado la manera de serlo: el conformarse con su suerte.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EL LOCO.

Miradlo cuán bronco su negro cabello,
Del viento al empuje se eriza veloz;
Quitadle ese rudo dogal que á su cuello,
Violento ha ceñido con fuerza feroz.
Ya fiero desgarró su ropa en girones,
Que rápido trueca por raro disfraz;
Ya brilla encendida cual rojos carbones
Su vista que inflama su pálida faz.
Miradlo que vaga cual tigre enjaulado
Buscando frescura que calme su ardor,
Y oprime el cerebro que siente inflamado
Con mano que aumenta su negro dolor.
Y corre y recorre la lóbrega estancia,
Y vé mil fantasmas delante de sí
Que cruzan y vuelven con loca arrogancia,
Y siempre sangrientos se alojan allí.
El eco imponente frenético escucha
De mole gigante que gira en pos del.
Y estiendo sus brazos é indómito lucha
Y avanza á la sombra terrible y cruel.

Salvaje rugido despide su pecho,
Sarcástica risa de rabia y furor...;
—Inmóvil ya queda y en árido lecho
Desplómase á impulsos de ardiente sopor.

Y no descansa su agitada frente
Ni halla su cuerpo misteriosa paz,
Ni mira inquieto sino espectros vagos
Que en remolino revolviendo van.
Y huyen fugaces y fugaces vuelven,
Y mas le acosan y se agolpan mas,
Y hacen que surja de su mente fuego,
Que carcomiendo su existencia está.
¡Ay! existencia pavorosa y triste,
Que para siempre torturó el pesar;
¡Ay! existencia que abandona el cielo,
Y que se arrastra con doliente afán.
Que al ciego impulso de la mente loca,
Arde, se crispa y obedece audaz
Como la luz que al extinguirse, débil
Contra la muerte se le vió luchar.
Ya ni sus ojos hácia el cielo torna
Implorando sumiso caridad...

—Mas ¿qué ha de hacer si su razón no existe
Y ésta es del hombre poderoso imán?

¡Ay de su vida! ¡pobre demente!
Ni vé, ni siente, ni sabe orar.
Ni reconoce la faz doliente,
De amantes seres, en cuya frente,
Su eterna huella marcó al pesar.
Para él no hay goces, para él no hay mundo
Seno profundo de la maldad,
Ni ese divino genio fecundo
Que al religioso y al vagabundo
Hace que admiren la inmensidad.
Supremo espacio do el firmamento
Su estenso asiento fijó tal vez;
Do cruje el rayo, do vibra el viento
Que negras nubes, al elemento

Del mar levanta con altivez.
Allí se esconde la rutilante
Forma gigante del sacro Dios,
A quien el orbe venera amante,
Alzando tímido y suplicante,
Dulce plegaria, del llanto en pos.

Y ni aun a questo consuelo

Queda al corazón doliente
Del infelice demente
Que solo aprendió á gemir;
Pasando su triste vida
Entre pesadas cadenas,
Tan negras como las penas
Que le habrán de consumir
Y vuela fugaz el tiempo
Envolviendo en sus crespones
Las mentidas ilusiones
Que ardoroso concibió;
Y solo al marcharse déjale
La faz descompuesta y pálida
Cual planta débil y escuálida
Que el huracán marchitó.
Ya no levanta su frente,
Ni se revuelven sus brazos
Queriendo romper los lazos
Que le oprimen sin cesar;
Ya de sus lánguidos ojos
No brotan chispas de fuego
Ni aquellas que vimos luego
Cual relámpagos brillar.
Ya sus ayes no son ayes,
Son un ronquido tan lento
Que el espíritu violento
Parece suspenso de él;
Un ronquido que se estingue
Como su mísera vida...
¡Pobre loco! ¡flor nacida
Para vivir entre hiel!

Ha muerto y ya despide

La lúgubre campana
Por un alma cristiana
Tañido funeral;
Y eleva poderosa
Rasgando el raudal viento,
Su postrimer lamento
Al trono celestial.
¡Ha muerto! así repiten
Los que sufrir le vieron
Y lágrimas vertieron
También por su dolor;
Los que al tender su manto
La noche pavorosa
Sobre su blanca losa
Suspiran con amor.

FRANCISCO DE PAULA ENTRALA.

4839.

DE MI CARTERA.

I.

Hay un corazón manifiesto, que dice con voz clara á los ocultos que se están muriendo siempre. Cada instante es un latido suyo y nuestro, que marca y cuenta y avisa ese corazón abierto, restándolo impasiblemente, constantemente, del dudoso tiempo de nuestra pobre vida. Y nosotros no lo entendemos; y él sin cesar sigue diciéndonos: ¡Os morís, os morís á cada instante! uno menos, y otro y otro y otro y otro y... ¡Cesa, calla, reloj... ¿Qué importa? Callará y nosotros seguiremos muriéndonos á cada instante.

II.

No hay mas nobleza que la honradez: aquel es mas noble, que es mas honrado. La nobleza se vincula en el trabajo, ruda forma de la virtud privada, y precioso título del merecimiento público. El trabajo es la raíz del árbol de la vida, cuyo fruto amarga, cuando no se riega con sudor, ese otro llanto del hombre que no se pierde nunca en el piadoso seno de la madre tierra. El trabajo legitima el reposo del hombre, que no debe justamente descansar, si no está cansado. El trabajo da mas sabor al pasatiempo de descanso que todas las copas de las orgías y todos los labios de las mujeres impúdicas. El trabajo templó la exhu-

berancia de la vida animal y amolda y robustece las aptitudes del alma. El trabajo es un culto incesante con que el hombre revela al exterior el Dios de su conciencia. El trabajo crea las buenas costumbres, las grandes invenciones, las esperanzas justas, las recompensas legítimas... ¡Y es una maldición! Pero es una maldición bendita. Y solo el hombre que trabaja, cumple en su destino la voluntad de Dios.

III.

¿Qué es política?

Esta elevada ciencia, llamada á resolver el gran problema que agita y remueve y golpea con pavorosos latidos el seno de las viejas naciones, sedientas de vida nueva; ciencia que tiene por principio la justicia, por medio la libertad, por fin el derecho humano; ciencia á que dan culto como á una religion los hombres de altas miras y virtud y fe, capaces del martirio, cuando es vez de morir por la verdad; esa ciencia es para muchos, ateos de todas las creencias, profanadores de todos los altares, hambrientos de todos los festines, es la *razon social* de una *Comandita*, en que los pobres pueblos ponen el capital y ellos la *industria*.

IV.

El juego es una obsesión que calienta la sangre con la fiebre infernal de todas las malas pasiones. Tiene varias categorías: en la primera están los aficionados; en la última los tahures. El tahir posee todos los vicios capitales, desde el 1.º soberbia, hasta el 7.º pereza; y es además un ladrón, capaz de todos los crímenes y maldades conducentes. El aficionado es solamente vicioso: cuando gana, da con su cuerpo triunfante en tabernas y burdeles; cuando pierde, espera resignado ó impaciente. No es ladrón, pero está en camino de serlo.

V.

Estrecho de Gibraltar. Si es cierto, como aseguran Estrabon y Diodoro de Sicilia, y aquí ya me parece verosímil, que antes no existía el Mediterráneo, la irrupción del gran Océano para llenar este fondo sería un espectáculo horriblemente sublime.

El sacudimiento de algun volcan repleto y hervoroso como un horno del infierno, ó los golpes de Océano, hinchado soberbiamente en enojo de borrasca, quebrantarían la tierra del actual estrecho para abrirse paso: la mar reventaría por aquí como una nube rota á la explosión simultánea de cien mil rayos y truenos; escupiría hasta el sol, queriendo inundar también el cielo, sus chispas de agua hirviente; se precipitaría en desequilibrio por la espantosa rotura; correría hacia su centro de reposo como un cúmulo repentino de las catartas del diluvio, y correría empujando cerros, barriendo llanos, rellenando cóncavos, derruyendo pueblos y pueblos y pueblos... Después crecería, crecería, hasta remansar sobre las cumbres, tapando bajo su masa, amarguísima, sucia y espumosa, las ruinas de naciones opulentas, ya sin historia, ni tradición, ni nombre.

¡Qué horror! Pero tan sublime horror bien vale la pena de ahogarse en el cataclismo.

VI.

La belleza pierde, la virtud gana con tiempo. Para elegir acertadamente esposa, has de verla, pero mirarla no. La que así te enamora es tu mujer.

El iracundo es un borracho de su propia pasión, y mas incorregible aun que el vinolento, porque vive en la taberna.

La moral, que es la filosofía del corazón, se entiende mejor con tonos que con letras. La ópera, causando menos, entra, ahonda, posee mas el ánimo que el libro.

El hombre sin voluntad propia es el único esclavo que merece serlo.

Hay una verdad que miente: el honor de los duelistas que es un deshonor y honra.

Nadie mas allegado que un amigo fiel: la buena amistad es un parentesco del alma.

La vanidad, con ser sobra de presunción, es una grandísima falta.

La educación demasiado rígida crea caracteres hipócritas; la demasiado blanda vicia los tiernos corazones: en el medio término está la educación conveniente.

El perdón sobre la injuria es gracia; sobre el arrepentimiento es justicia: Dios es misericordioso, porque es justo.

La tentación de todas las virtudes es el oro: si el oro fuera pasible, podría Dios castigar todos los crímenes arrojándolo al infierno.

No hay mas procedimiento de raciocinio que la comparación de los juicios. Si hubiera un hombre que solo supiera la dicha, ese hombre no sabría la dicha.

Consultar con la almohada es una necesidad con muchísima prudencia.

El amor es un perfume que huele al corazón que lo exhala: huele á nardo, á rosa, á violeta, á incienso, á vino y...

VII.

¡Bien vá! Hay fórmulas, que, por inespresiones, espresan todos los afectos. ¡Bien vá! Hé aquí un modo que encarna toda mi alma. ¡Bien vá! es una queja, un pláceme, un desengaño, una esperanza, un suspiro, una carcajada, una plegaria, una maldición. Yo no digo: Me quejo, me place, espero, desespero, suspiro, rio, lloro, blasfemo... Solo digo: ¡Bien vá! ¡Bien vá! ¡Bien vá!

No me absolvais: ved que es maldecir. Pero no me condeneis: ved que es orar.

CECILIO NAVARRO.

FANTASIA.

EN LA CARTERA DE ISIDORO FOURRAT.

Feliz á quien meces,
Mentira, en tus sueños;
Tú sola halagüenos
Placeres nos das.
¡Ay! nunca busquemos
La triste verdad.
ESPRONCEDA.

I.

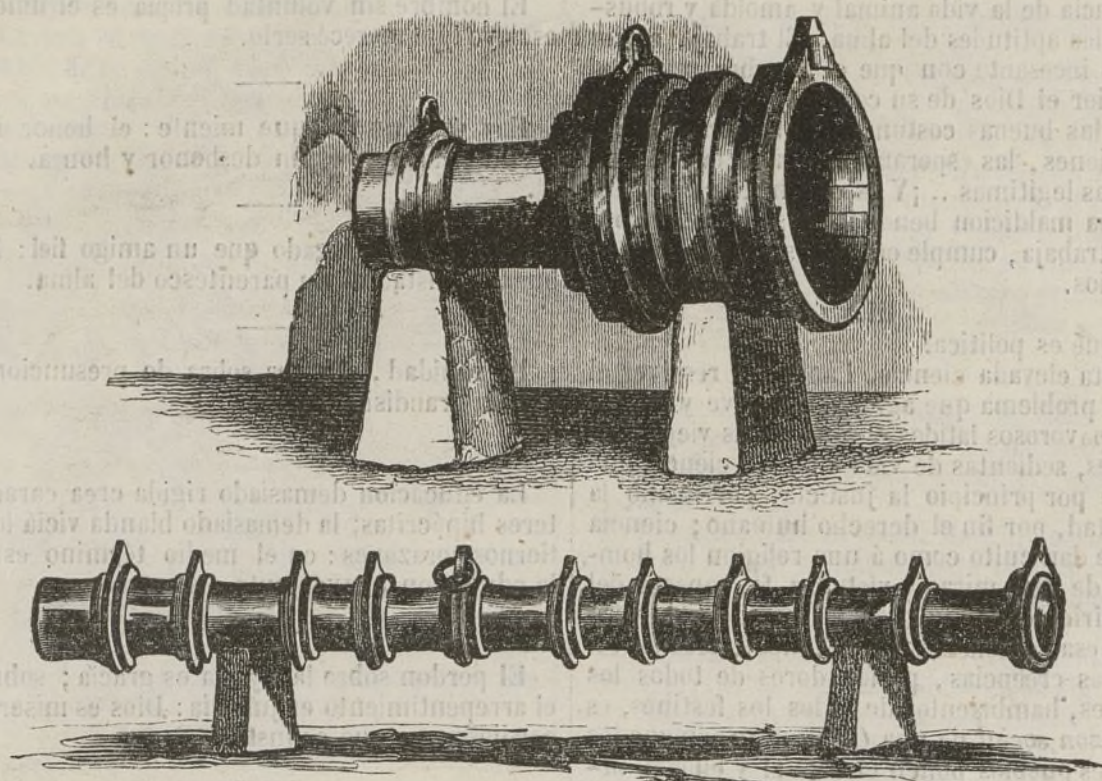
La vida del hombre es un sueño prolongado: y á no ser así le sería insoportable.

En efecto, ¿qué atractivo tendría para nosotros si pudiéramos leer en el libro del porvenir la verdad de nuestros destinos?

Perdidas nuestras esperanzas, marchitas nuestras ilusiones por el frío de la realidad, nuestros días pasarían lentamente entre el hastío y la desesperación.

Sueño es la vida, cuando la juventud nos sonríe; sueño, cuando nos presenta su faz severa la edad madura; sueño cuando la caduca vejez, apoyada sobre su báculo, cierra los ojos á los males que la rodean y piensa su fin lejano.

Son sueños los placeres, los amores, la hermosura; sueños la gloria, las riquezas, las



CERVATANA Y LONBADA.—Piezas de artillería del siglo XV.

humillaciones y las penas; sueño, en fin, cuanto es parto del pensamiento y vive del corazón.

El hombre solo despierta cuando muere: la oscuridad del sepulcro le abre los ojos; el ángel de la verdad, al desplegar el sudario, le dice que ha entrado en sus dominios. ¡Hasta entonces el hombre ha estado soñando!

II.

Con estos pensamientos salí á pasear por el campo, una mañana, cuando la aurora sentada sobre su carro de fuego, recorría el horizonte y derramaba perlas á millares sobre las flores, que en señal de gratitud abrian para recibirlas sus perfumados cálices.

Fija mi mente en la primera consideracion seguí andando hasta llegar á la cumbre de un monte vecino, sin notar el grandioso panorama que la naturaleza desplegaba á mis ojos, ni advertir que los ardores del sol abrazaban mi cabeza.

Vencido por la fatiga volví la vista en torno mio, buscando un lugar donde pudiera guarecerme. Una gruta me lo ofreció bien pronto; corrí hacia ella; hallé el lecho de yerbas de un pastor, tendíme en él y resolví conciliar el sueño.

III.

¡Qué sueño aquel! ¡Qué sueño!

Ví una mar procelosa y en ella innumerables barquichuelos que luchaban con los enfurecidos elementos. Muchos, no pudiendo sostener el ímpetu de las aguas, eran engullidos en el abismo; alguno, despues de inauditos esfuerzos, lograba llegar al puerto.

Ví una bandada de pajarillos que sedientos de libertad abandonaban el nido de sus madres y al dar el primer vuelo caian incautos en las garras del gavilan.

Ví, por fin, unos trabajadores que sin descanso edificaban un castillo y varios cañones luego que destruían la obra, vomitando sobre ella mortíferos proyectiles.

Creí que estas tres visiones tendrían significado enigmático y no acertando á hallarlo, desistí de mi intento y tan solo pensé en dirigirme á un caserío inmediato donde pudiera reponer mis fuerzas.

Fuíme á uno que habia en la llanura y que gigantescos cipreses escondían á mis ojos:

me acerqué á él y noté que era un edificio suntuoso; pero mi estrañeza fue grande al leer sobre la portada la inscripcion siguiente:

«TEMPLO DEL DESTINO.»

Quedé un instante sorprendido: mas saliendo de mi arrobamiento no tardé en pensar que algun sacerdote de tan severa divinidad poseería tal vez el secreto de descifrar los enigmas.

Resuelto á interrogarlo me aproximé á la puerta y di tres golpes.

IV.

A los pocos instantes me abrió una mujer de virginal hermosura aunque de faz tan adusta como bella. Sin responder á mis saludos me llevó á un ático, donde me fueron servidos alimentos frugales y nada escasos. Así que hube plenamente satisfecho mi apetito me atreví, no sin el mayor respeto, á referirle lo que habia visto y preguntarle quién era.

—La Verdad me contestó: enemiga de cuanto no soy yo, aborrezco con igual fervor la adulacion y el fingimiento. Huyo de un mundo que ofrece al engaño el laurel del triunfo y vivo retirada en la soledad, desde donde mi hermano el Destino señala á los hombres el camino que han de seguir y se burla de sus quiméricos proyectos.

Esta contestacion heló todos mis miembros, un sugor glacial cubrió mi frente y trémulo é inerte sentí caer una á una todas mis ilusiones.

—¡Desvarios del humano entendimiento!—Continuó la Verdad.—¡Locos! me proscribís de vuestra sociedad y no sabéis que sin mí nada existe en el mundo; me desterráis de vuestros placeres y olvidáis que sola yo puede daros la paz del alma; me cerráis las puertas de vuestro corazón y no pensáis que os he de castigar con el remordimiento. ¡Infelices! Abrid los ojos, distinguid la clara luz del día de las sombras tenebrosas de la noche.

V.

Yo en tanto era como un autómatas privado del uso de la palabra y del pensamiento: no me atrevia á levantar los ojos del suelo ni á repetir mi interrogacion sobre lo que habia visto.

Comprendiólo á seguida mi interlocutora y no me hizo esperar su respuesta.

—Aquel mar proceloso, me dijo, es la so-

ciudad, aquellos barquichuelos, sus miembros, aquel puerto sus aspiraciones, aquellas embravecidas olas los obstáculos: todos piensan llegar al puerto, así se lo asegura la ilusión que les sonríe; el Destino empero dispone de ellos á su antojo, y permite que algunos tan solo vean realizada su esperanza, siendo víctimas la mayor parte de su ciego intento.

Aquellos pajarillos que ansiosos huyen del nido materno y son presa de las feroces uñas del gavilan, son símbolo de los hombres, que corriendo desenfrenados en pos de una libertad exagerada caen en manos de un tirano.

Los trabajadores que edifican el castillo y los proyectiles que lo destruyen, representan la inestabilidad de las cosas humanas, y la veleidad de los mortales, que demolen hoy lo que ayer levantaron á fuerza de sudores.

Todo es sueño en el mundo, peregrino, todo es mentira; esa gloria á que los hombres aspiran, es humo que desvanece el viento de los años; ese oro que atesoran á fuerza de privaciones y tal vez [de crímenes, un poco de metal que abandonan á la muerte; esa hermosura porque suspiran pasado algun tiempo, se convierte en asqueroso esqueleto en corrupcion, en polvo; y finalmente, esas pasiones que los dominan, dejan en pos el abatimiento y la duda.

La mentira pasa, peregrino, la mentira desaparece; sola yo soy inmutable. ¡Que dispongan en buen hora los hombres, que yo me rio de sus proyectos! Yo subsisto siempre con todo el vigor de mi juventud y la firmeza de mi brazo, é insensible á sus golpes tengo por hermano al Destino que desoye sus voces y los somete al rigor de su ley.

VI.

Aturdido por lo que acababa de oír y vivamente impresionado, salí del templo del Destino sin despedirme siquiera de la Verdad.

Sentéme en una roca y me puse á meditar sobre la célebre máxima de la Escritura: «Vanidad de las vanidades; todo vanidad.»

Por primera vez pude leer en el libro del corazón, por primera vez pude fijar mi vista en el caos de lo existente y contemplar cuál es aqueste inmensurable torbellino que llaman sociedad.

Pero cuán triste es vivir sin ilusiones, cuánto odio inspira la vida, si se descubre la cortina que nos oculta sus defectos, si se quita el oropel que dora sus miserias.

Procuré alejar de mí tan desconsoladora idea, no tuve virtud bastante para sostener la noble y penetrante mirada de la Verdad; quise rosas aunque escondieran espinas, quise placeres aunque fueran falsos.

Invoqué la ilusión, pedí la copa del engaño y cuando la hube apurado, cuando la venda del error cubrió mis ojos, sentí que los vapores de la embriaguez subían á mi cabeza y en la locura de mi exaltacion sepulté en perpétuo olvido cuanto me acababa de decir la Verdad.

—Ruede la bola, exclamé, y hasta despertar estuve cantando:

«Feliz á quien meces,
Mentira, en tus sueños:
Tú sola, halagüeños
Placeres nos das.
¡Ay! nunca busquemos
La triste verdad.»

ENRIQUE DE VILLARROYA.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo: Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.